

El racismo de las intervenciones internas se ve apoyado por la enseñanza del racismo a través de los medios de comunicación, los sistemas educativos, incluidos los más elitistas, y las iglesias y otras organizaciones religiosas. Por ejemplo, durante mi infancia en el sur de los Estados Unidos, el superintendente de la escuela dominical de la iglesia me enseñó, según la Biblia, que los “negros de mierda nacieron para ser esclavos”. Más tarde, cuando daba clases en una universidad de élite estadounidense, descubrí que un colega del departamento de psicología daba un curso para mostrar que la inteligencia de los afroamericanos era genéticamente inferior a la inteligencia de los descendientes de inmigrantes europeos. De hecho, el departamento de psicología de la universidad más elitista del país, la Universidad de Harvard, era más que reconocido por sus argumentos en favor de la inferioridad genética de los afroamericanos.

#### RESUMEN DE LA HISTORIA DE LA CULTURA DE GUERRA

En resumen, la cultura de guerra ha sido parte integral de la cultura humana desde su evolución temprana. Ha influido profundamente cada aspecto de la cultura humana incluyendo la estructura familiar, la crianza y la educación de los niños, las distinciones entre hombres y mujeres, la invención y el mantenimiento del estado, la explotación y el racismo, así como los resultantes sistemas económicos, incluido el comercio internacional y la globalización.

A juzgar por las evidencias arqueológicas, la cultura de guerra ya era omnipresente al final de la prehistoria. La mejor hipótesis es que la guerra ritual se mantuvo por la mayoría las sociedades y, a la larga, éstas se prepararon para sobrevivir a las catastróficas hambrunas a través del robo de los suministros de otras comunidades o a la defensa de sus propios suministros en

tiempos similares. La cultura de guerra incluye tanto la preparación psicológica para la guerra a través de mitos, rituales y tradiciones, como la preparación física a través de la práctica regular del combate, desde competiciones deportivas y ritos de iniciación hasta la guerra ritual y las redadas y contiendas periódicas. A juzgar por el análisis transcultural de datos etnográficos existentes, la cultura prehistórica de guerra probablemente incluía guerreros y armas, liderazgos autoritarios asociados al militarismo, al control de la información a través de la confidencialidad, a la identificación de un “enemigo”, a la educación de los jóvenes para ser guerreros y a la dominación masculina.

Hacia el fin de la prehistoria, la dominación masculina se había generalizado debido a la necesidad de excluir a las mujeres de los asuntos de la guerra y sus actividades conexas de la caza y la metalurgia. La mujer debía ser excluida de la guerra con el fin de resolver la contradicción de que la guerra se llevaba a cabo contra los mismos grupos vecinos con los cuales ellas se casaban. Este hecho, probablemente, involucraría guerras entre el marido de una mujer, por un lado, y su padre y sus hermanos, por el otro. A las mujeres no se les podía confiar los secretos de guerra y esto es esencial, pues en las incursiones, que debían ser planeadas de antemano, corrían el riesgo de ser emboscados y derrotados si las mujeres revelaban los planes al “enemigo”.

La invención del estado transformó la guerra. Sea cierto o no, se acepta la conocida hipótesis de que el estado evolucionó a partir de la guerra. Ya, que se inventó la escritura más o menos al mismo tiempo que se creó el estado, sabemos mucho sobre este periodo por la existencia de manuscritos antiguos.

La guerra asumió nuevas funciones, dos externas y una interna. La tribu o el grupo dejó de ser el actor principal, y el estado monopolizó los medios de la violencia dentro de sus fron-

teras. Las nuevas funciones de la guerra fueron en apoyo del estado: la conquista externa y la defensa, y el control interno. Externamente, la guerra fue utilizada para aumentar el poder y la riqueza del estado a través de victorias militares, saqueo y esclavitud y se utilizó para derrotar los intentos de invasión por parte de otros estados. Internamente, se usaba para prevenir o derrotar intentos de insurrección de esclavos, de otros pueblos explotados, o bien, de fuerzas políticas rivales.

En el estado, la cultura de guerra también se transformó para servir a las nuevas funciones de la guerra. El poder se basaba en el liderazgo militar y en una clase social estructurada para explotar a los esclavos que habían sido tomados prisioneros durante la guerra. Como resultado, la cultura de guerra se volvió más compleja. Si bien conservó las características heredadas desde la prehistoria, adquirió también nuevas características, como la adquisición de riqueza a través del saqueo y la explotación, una economía basada en la explotación (esclavos, siervos, etc.), el uso interno del poder militar, las cárceles y las ejecuciones, para disuadir las revueltas de esclavos y los disidentes políticos el apoyo al gobierno por parte de las instituciones religiosas y la glorificación, artística y literaria, de la conquista militar.

Desde el comienzo de la historia registrada hasta el momento actual, la cultura de guerra ha estado cada vez más monopolizada por el estado y ha mantenido sus tres funciones: conquista, defensa y control interno. La guerra interna ha sido y sigue siendo un tema tabú. La participación del estado en la cultura de guerra se ha fortalecido en el transcurso de la historia, conforme el estado ha impedido el desarrollo de guerra a través de otras estructuras sociales.

En el transcurso del tiempo, los beneficios económicos del saqueo y la esclavitud se han extendido o han sido reem-

plazados por el colonialismo y el neocolonialismo externo, el feudalismo y luego la explotación capitalista internamente. En reacción a estos desarrollos, ha aparecido una cuarta función de la guerra: la revolución y la liberación nacional. Los movimientos revolucionarios se han organizado, tradicionalmente, a lo largo de las líneas de la cultura de guerra y, en consecuencia, los estados que han surgido como resultado de la revolución armada se han convertido en nuevas culturas de guerra.

En la historia reciente, la cultura de guerra a nivel del estado se ha reforzado por el desarrollo del complejo industrial-militar, en el que una importante sección de la clase capitalista recientemente desarrollada ha unido sus fuerzas con el estado. Simultáneamente, aunque en secreto, la cultura de guerra ha llegado a incluir el comercio de drogas y armas. La intervención militar interna se ha puesto al servicio de la clase capitalista para la represión del movimiento obrero y las revueltas de desempleados. El racismo y el nacionalismo se han agregado como componentes esenciales que justifican y admiten todos los demás aspectos de la cultura de guerra.

El mayor cambio en la cultura de guerra ha sido la enorme expansión del control de la información, incluyendo el control de los medios de comunicación, abierta o encubiertamente, por el poder del estado y sus aliados en el complejo industrial-militar. Aún con estos cambios, sin embargo, la naturaleza fundamental de la cultura de guerra se ha mantenido muy estable: progresivamente, se ha vuelto un monopolio del estado, esencial para el mantenimiento de su poder.

Las funciones internas de la cultura de guerra explican porque el poder del estado no puede permitir una cultura de paz. Tal vez los estados-nación serían capaces de concebir un nuevo sistema internacional a través de las Naciones Unidas, que protegería de la invasión externa y la conquista. Pero no

hay ninguna indicación de que estén dispuestos a abandonar su “derecho” a utilizar la fuerza internamente, ni están, incluso, dispuestos a discutir el tema que sigue siendo, en su mayor parte, un tabú. Es decir, la discusión está prohibida. En condiciones normales, aseguran el poder del estado el control autoritario ejercido por el proceso electoral de la llamada gobernabilidad democrática a nivel nacional y el control de la información a través de los medios de comunicación, la instrucción religiosa y los sistemas educativos.

Por supuesto, existen grandes diferencias entre los momentos en que los estados evidenciaron su cultura de la guerra. Los estados ricos del norte, por ejemplo Escandinavia, están en una mejor posición para ocultar su cultura de la guerra interna a través de las disposiciones del estado para el bienestar ciudadano y los sistemas más liberales de participación electoral y educación, mientras que los estados más pobres del sur son menos capaces de lograr este objetivo. Pero esta diferencia, en sí misma, es una función de la cultura de guerra, ya que se basa en la explotación neocolonial según la cual el norte global continúa enriqueciéndose a expensas del sur. El sistema de las Naciones Unidas ayuda a mantener este tipo de explotación a través de las políticas de su Consejo de Seguridad, que mantiene una superioridad nuclear y política, y del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y de la Organización Mundial de Comercio, los cuales mantienen la superioridad económica del norte.

En pocas palabras, la utilidad de la cultura de guerra en la actualidad sigue siendo apoyada por la unidad y el poder del estado.

¿Existe una alternativa? ¿Puede desarrollarse una cultura de paz para reemplazar la cultura de la guerra? Yo creo que sí. Esta propuesta la he plasmado en los dos libros que le siguen a

éste. Se trata de una propuesta estratégica, por un lado (Adams 2009a), y una novela utópica, por el otro (Adams, 2009b).